

## EL TRIUNFO DE LA MUJER

**E**XISTE un libro de Edouard Bourdel titulado «El Sexo Débil» que ha suscitado la sensación de todo París.

Este libro es en verdad extremadamente divertido y a la vez picaresco.

El autor, en tono humorístico y paradójal llega a establecer como verdad un hecho que si bien ahora no está reconocido por todos, puede muy bien llegar a serlo en el futuro.

He aquí la verdad que proclamo: no son las mujeres, sino por el contrario, los hombres, quienes constituyen el sexo débil.

¡Las mujeres! Sin duda sería preciso tener los ojos cerrados para seguir creyendo en su inferioridad en nuestros tiempos.

Para persuadirse de que tal inferioridad no existe, basta sólo dar una mirada a nuestro derredor. ¿Qué es lo que vemos?

\* \* \*

Excepto, tal vez, aquel oficio de componedor ambulante o plomero, no existe ningún otro que permanezca todavía—como antes—exclusivamente reservado a los hombres.

Las mujeres desempeñan hoy todos los papeles. Son abogados, médicos, aeronautas, exploradores, químicos, historiadores, financistas, escritores, secretarios de hombres de Estado. Todo lo han aprendido. Están capacitadas para todo, y a fe mía, tan eficientemente como el mejor de sus rivales del sexo contrario.

Hay, por lo demás, algunas actividades para las cuales las mujeres denotan aptitudes tan admirables que en el ejercicio de ellas los hombres debemos renunciar a la esperanza de igualarlas. Por ejemplo, en el crimen pasional que es uno de los deportes más violentos y más peligrosos, de cuantos se conocen.

En el crimen pasional, el hombre está esencialmente en condición inferior.

Las estadísticas, que existen al respecto, son espantosas. Una nueva consulta, es suficiente para convencerse de ello. Nueve veces, en diez casos, la mujer es quien vence a su adversario. Y esto, con cualquiera que sea el arma elegida: el cuchillo, el veneno, el revólver, el cenicero de bronce, o el montante de una silla. Se dirá que es porque la mujer toma siempre la iniciativa del ataque. Evidentemente, y en esto, es precisamente en lo que consiste su superioridad. Todos los especialistas en cuestiones militares estarán acordes en reconocer que de dos ejércitos, destacados en posiciones similares, será aquel que toma la

ofensiva el que tendrá a su favor todas las posibilidades del triunfo, aun cuando sea inferior en número.

En la gran batalla de la guerra del amor, los hombres nos encontramos frente a frente a la mujer. Y he ahí, un torpe animal, voluminoso y tardo de movimientos y a una pequeña bestiecilla, astuta y ágil para coger la presa. La materia contra el espíritu. ¡Vamos! El resultado final es fácil imaginarlo...

Es muy cierto que el crimen pasional, no es el fin ni la solución a que recurren todas las dueñas de casa. ¿Pero con esto qué se prueba? Simplemente, que en la mayor parte de los casos la mujer, no tiene necesidad de emplear este medio a que a veces recurre, el hombre, tan decisivo y brutal. Le bastará situarse ante nosotros, estar allí un rato, y ejercer en libre juego sus naturales facultades. En algunos meses, y aun en algunas semanas, ha ocupado todas las posiciones estratégicas y ha reducido al adversario a una condición absolutamente secundaria. Ella lo domina. ¡Oh! Y esto sucede imperceptiblemente, sin escenas y sin gritos, como eficaz resultante de una sonrisa. Pero en verdad esto es mucho más grave todavía. Observad en el ambiente que os rodea y llegaréis a esa conclusión. Si Uds., pueden citarme ocho matrimonios en cien, donde el marido, el marido efectivo, sepa manejarse como tal, yo depongo mi pluma de cronista y me retiro al campo a cultivar tomates o claveles.

\* \* \*

Yo conozco mucha gente—sobre todo de la clase de «viejos señores»—que se han quedado rezagados al permanecer adictos a las concepciones de antaño al imaginarse que las mujeres son seres débiles y delicados, acreedores de todos los miramientos. Dicen ellos, pues, con ternura: el papel de estas pequeñas criaturas es el de concebir hijos. Nosotros no podemos ni debemos pedirles más.

Este argumento, sin embargo, adquiere el tono de una réplica incuestionable, contra los que lo emplean.

En efecto, basta pensar que nada en el mundo es más difícil más fatigoso. Todos sabemos que ningún hombre, ni aun el guerrero más intrépido, ni aun el sabio que se hace «quemar vivo» por los explosivos, no tendría ni valor, ni fuerza, para soportar la prueba de un alumbramiento. ¿Saben Uds., lo que siempre se dice a un señor cualquiera, atacado de cólicos nefríticos? Cuando él no puede ya más, en medio de angustias y torturas, cuando él suplica que lo ultimen de un pistoletazo «de

bronwing» se le replica: «Valor amigo mío. Pensad un momento que hay otra cosa peor que ésta: dar a luz». Y esto es perfectamente verídico. ¡Pues bien! La mujer sufre esta prueba tan terrible con tanta holgura y buen humor que no es raro el que reincida hasta cinco o seis veces.

Por esto, afirmo sin temor alguno de que se me contradiga, que una criatura capaz de dar a luz un niño, puede afrontar riendo, las peores pruebas de la vida. Para las mujeres, litigar es un juego, como lo es también, disecar insectos, hojear los libros en las bibliotecas, dirigir un aeroplano y dar bofetadas a un boxeador negro. La mujer puede hacerlo todo y a menudo mejor que nosotros.

La mujer, es lo más fuerte que existe.

\* \* \*

Si estas condiciones, fueran bien comprendidas en todo su alcance, el hombre no sabría conservar los privilegios de que ella gozaba en otros tiempos. Pero la verdad es que la galantería muere. Termina ya la época en que tan pronto como una dama entraba en el Metro, los 22 señores sentados en las banquetas, se levantaban presurosos para ofrecerle su asiento. Hoy no. Se quedan todos tranquilamente instalados, sumidos en la lectura de «El Intransigente». No se conducen así tales pasajeros, por descuido, ni por venganza, sino simplemente porque están fatigados, aun cuando han hecho durante el día lo mismo que la mujer. Sin embargo, la verdad, es que ya no pueden más, en tanto que la dama está aún llena de vivacidad y de bríos, tal como si recién empezara la jornada del día.

¿La galantería...? Yo no me extrañaría en absoluto, que un día, bastante próximo, la situación se invierta, y que nuestras compañeras habiendo al fin comprendido que el «sexo débil» es el nuestro, nos devuelvan el cúmulo de consideraciones, atenciones y precauciones de que nosotros las colmamos en otra época. En pocas palabras: ¡que ellas nos hagan la corte...!

Observad que un movimiento comienza a insinuarse en este sentido. Muy débil ciertamente, pero sin embargo, perceptible. En ciertas parejas compuestas por un señor pequeño, pusilánime, insignificante, y de una mujer varonil y deportiva, es ésta la que protege y regalonea a su compañero. Verdad es que hay un algo de menosprecio en su actitud, pero ¡cuánto más de ternura, de compasión, de comprensión! Si nuestro amor propio sufre, sólo tenemos una cosa que hacer: trabajar por restablecer el equilibrio. Solamente—sepámoslo en seguida, para no hacer-

nos ilusiones—también en este caso somos aventajados por las mujeres, dada nuestra condición natural. Se necesita dos o tres años para convertir en un atleta a un hombre enclenque, mientras que con cinco o seis meses una mujer llega a resultados sorprendentes...

No, decididamente, mientras más pienso en ello más me convengo de que los ejércitos no son iguales. Nosotros estamos vencidos de antemano.

Cesemos, pues, señores hermanos míos, de alimentar imposibles esperanzas. Renunciemos. Dejémos que los sucesos se susciten. Y volvamos, sin violencia a ese estado tan agradable que debió ser el de nuestros albores en la historia del mundo. Desde los 200 mil años que el mundo existe, apenas hace cuatro mil que nosotros tenemos la primacía social. Francamente ¡para los resultados que hemos obtenido!, no tenemos de qué estar muy ufanos. Y podemos pasar la mano con toda confianza....—  
FRANCIS DE MIOMANDRE.

(Especial para ATENEA).